

**LA CUESTIÓN DEL CARIBE EN *LA ISLA QUE SE
REPITE* (1989-1998) DE ANTONIO BENÍTEZ ROJO**

**FRANÇOISE MOULIN CIVIL
(Universidad de París X, Nanterre)**

*Para Paul Estrade,
maestro y entrañable amigo.*

«... hay una isla que se repite hasta transformarse en meta-archipiélago»

Antonio Benítez Rojo,
La isla que se repite (p. 40).

1. PREÁMBULO

A la tónica cuestión de saber si existe o no un objeto llamado «Caribe», un buen número de respuestas han sido aportadas en las últimas décadas que nos autorizan a considerarlo como tal sin, por ello, naturalmente, aducir la idea preestablecida de una supuesta o real unidad orgánica o de cualquier naturaleza que sea¹. Reconozcamos simplemente que el Caribe, por más de un motivo, ha sido siempre el objeto de una fascinación. A imagen y semejanza del vórtice de un ciclón, se ha convertido en el centro de las

¹ En su propio ensayo, Antonio Benítez Rojo cita varios libros entre los que destacan Sidney W. Mintz, «The Caribbean as a Socio-Cultural Area», *Cahiers d'Histoire Mondiale*, IX, 4, 1966, p. 914 y sig.; Eric Williams, *From Columbus to Castro. The History of the Caribbean*, New York, Harper & Row, 1970; Franklin W. Knight, *The Caribbean. The Genesis of a Fragmented Nationalism*, New York, Oxford University Press, 1978; Frank Moya Pons, «Is there a Caribbean consciousness?», *Américas*, agosto 1979, p. 33 y sig. A esta lista de obras en lengua inglesa, cabe añadir otras referencias, en español o en francés (¡otras dos lenguas del Caribe!), que nos han sido sugeridas por nuestra colega Sandra Hernández: Édouard Glissant, *Le Discours antillais*, París, Seuil, 1981; Andrés Bansart, *El Caribe: identidad cultural y desarrollo*, Caracas, Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, 1989; Paul Estrade, *Les Antilles Hispaniques. Hommage à Robert Jammes, Anejos de Criticón*, n.º 1, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994; Maryse Condé y Madeleine Cotteret-Hage (ed.), *Penser la créolité*, París, Karthala, 1995.

miradas y de las tensiones, en un núcleo de fuerzas centrípetas y centrífugas que vuelven compleja y arriesgada su aprensión global. Allende la imagen simplista del remolino, lo que se intenta decir es que el Caribe, por su situación geográfica atomizada, por las convulsiones que marcaron y siguen marcando su historia, por las disparidades que, aparentemente, le son inherentes², pero más aún por las interferencias culturales y simbólicas que lo van conformando, este Caribe oscila sin cesar entre realidad y mito, generando a la vez lecturas pragmáticas y lecturas imaginarias³.

Es precisamente en tal encrucijada y sin excluir eventuales aportes complementarios o contradictorios, donde se sitúa, sin duda, el libro de Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*. El autor gustó de subrayar, en lo que aparenta ser un subtítulo, que la edición de 1998 era la definitiva, sustituyendo, diez años más tarde, la primera edición de la obra y mostrando así la larga maduración de un proyecto concebido desde lo más íntimo⁴. En este libro de intuición y de reflexión, de amor y de homenaje, dedicado a la cultura del Caribe, el ensayista cubano no deja de ser sin embargo el narrador y novelista que todo el mundo conoce: el que obtuvo en 1967 el premio «Casa de las Américas» para su libro de cuentos *Tute de reyes*⁵, el que, sobre todo, ha emprendido un ciclo significativo, una trilogía enteramente dedicada al Caribe, inaugurada por la novela, *El mar de las lentejas*⁶, seguida por el ensayo fundamental que aquí nos ocupa, *La isla que se repite*, y rematada por el libro de cuentos, *Paso de los vientos*⁷.

² Detengámonos simplemente en el ejemplo lingüístico. Se hablan cinco idiomas en el Caribe (el español, el inglés, el francés, el holandés, el portugués) a los que conviene agregar varios dialectos locales.

³ El estado más reciente de la cuestión lo encontramos en el «Dossier Caribe hispano», *Quimera*, 193-194, julio-agosto 2000, pp. 27-87, en el que se analizan sucesivamente la historia, la geografía, la literatura, la pintura, la música y las mitologías caribeñas.

⁴ Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite. Edición definitiva*, Barcelona, Marta Fonolleda/Casiopea (col. Ceiba), 1998 (1.ª ed., 1989). De ahora en adelante, indicaremos las páginas del texto entre paréntesis.

⁵ *Íd.*, *Tute de reyes*, La Habana, Casa de las Américas, 1967. A este primer libro seguirá inmediatamente un segundo libro de cuentos: *El escudo de hojas secas*, La Habana, Unión, 1969, él también ganador de un premio, el «Luis Felipe Rodríguez».

⁶ *Íd.*, *El mar de las lentejas*, Barcelona, Marta Fonolleda/Casiopea (col. Ceiba), 1999 (1.ª ed., 1979). A esta novela, he dedicado un trabajo reciente: «Historia y ficción en *El mar de las lentejas* (1979), de Antonio Benítez Rojo», ponencia presentada en el XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Nueva York, Graduate Center / City University of New York, 16-21 julio 2001 (en prensa).

⁷ Antonio Benítez Rojo, *Paso de los vientos*, Barcelona, Marta Fonolleda/Casiopea (col. Ceiba), 2000.

Es bastante decir, según parece, cuánto defiende Benítez Rojo la tesis de una complementariedad intrínseca y provechosa de los géneros y de qué manera es unitario el proyecto que sustenta su obra. Es muy posible que esto tenga que ver con una situación de exiliado que, sin cesar, como en un juego de espejos y espejeos, confronta al sujeto distanciado, desarraigado con la imagen modelizadora de un Caribe único y múltiple, generador y caótico.

2. TEORÍA DEL CAOS

No en vano se ha utilizado el calificativo «caótico». En efecto, la Teoría del Caos, tomada prestada, entre otras ciencias, de las Matemáticas, y probable avatar de la tan trillada postmodernidad, rige el método de aproximación del que se vale Benítez Rojo, lo que él mismo llama su «relectura» del Caribe. ¿Qué entiende él por «Teoría del Caos»?⁸

Parto del juicio de que lo Caribeño es un sistema lleno de ruidos y opacidades, un sistema no lineal, un sistema no predecible, en resumen, un sistema caótico más allá del alcance total de cualquier tipo específico de conocimiento o de interpretación del mundo (p. 350).

Por otra parte, precisa el autor, la perspectiva no lineal, desordenada, que propone la «Teoría del Caos», permite contemplar las numerosas y complejas interacciones (Benítez Rojo utiliza el término angloamericano de «interplay») que constituyen el tejido sociocultural del Caribe; tal enfoque autoriza asimismo vincular campos aparentemente incompatibles: lo científico y lo mágico, lo historiográfico y lo mitológico, lo profano y lo sagrado...; en fin, permite considerar al Caribe como «un sistema turbulento bajo cuyo desorden hay regularidades que se repiten» (p. 351), es decir como un sistema atravesado y vertebrado por ejes dinámicos, por perspectivas plurívocas pero también por repeticiones. Repeticiones, constantes, recurrencias, resurgimientos, cualquiera que sea la palabra para designar este fenómeno, es de hecho su hallazgo el que contribuye a revelar el misterio del Caribe y aclarar su opacidad. Como por un efecto mimético inevitable, Benítez Rojo reflexiona a la luz de una teoría que, de buenas a primeras, enuncia los rasgos presuntamente intrínsecos del Caribe:

⁸ Para una explicitación parcial de las ideas desarrolladas en *La isla que se repite*, véase Edmundo Bracho, «Entrevista con Antonio Benítez Rojo. El Caribe y la Teoría del Caos», *Quimera*, 131-132, 1994, pp. 55-61.

... su fragmentación, su inestabilidad, su recíproco aislamiento, su desarraigo, su complejidad cultural, su dispersa historiografía... (p. 15).

Dicho de otro modo, la teoría que expone el autor cubano dista de sólo arrojar luz sobre su método; al contrario, lo ejemplifica y lo justifica, sin, por ello, pecar por psitacismo. El «discurso del método» es, desde este punto de vista, al menos tan importante como los considerandos de este mismo discurso. Insistiendo una y otra vez sobre lo contingente de tales premisas, Benítez Rojo no deja de hilvanar metáforas y ensartar las mismas palabras y nociones: inestabilidad, heterogeneidad, entropía, discontinuidad, fragmentación, marginalidad, incoherencia, turbulencia, etc., palabras todas, cabe admitirlo, muy de moda. Además, postula la hipótesis de una isla-centro, la famosa «isla que se repite» tal un motivo musical⁹ y formula, desde las primeras páginas, una definición del Caribe cuya pertinencia viene justificada a lo largo de las cinco partes que configuran el libro y cuyos títulos, la mayoría de ellos en singular, se inscriben en un innegable propósito emblemático y antonomástico: «La Sociedad», «El Escritor», «El Libro», «La Paradoja», «Los Ritmos». Esta definición del Caribe, así enunciada, excluye la idea de un centro único y aboga, de cierta manera, por un descentramiento permanente, una proliferación de núcleos:

... el Caribe no es un archipiélago común, sino un meta-archipiélago [...], y como tal tiene la virtud de carecer de límites y de centro. Así, el Caribe desborda con creces su propio mar [...] es el último de los grandes meta-archipiélagos (p. 18).

Una vez explicitados estos datos previos, conviene interrogar el método de Benítez Rojo, tanto como su discurso, un método que parece pertenecer esencialmente a la Historia Cultural, en el sentido más amplio que pueda tener ésta, a saber en su triple relación con la Historia (más la de las ideas y mentalidades que la de los puros acontecimientos), con la Ideología y, por fin, con las diversas formas de Expresión (tales como la literatura o las artes visuales). Estas tres vertientes vienen muy exploradas en el libro. Por otra parte, arrojar luz sobre este método, mediante un breve análisis (más formal que de contenido), no se hará sin objeciones ni críticas sin que mengüen por ello el interés e incluso la pasión que esta obra sabe suscitar.

⁹ Conforme al modelo de este esquema inicial, se repite, a lo largo del ensayo, un motivo central recurrente, proliferante, el de la Plantación, núcleo significativo del sistema Caribe.

El discurso del método, en Benítez Rojo, se construye esencialmente alrededor de dos nociones claves que muy brevemente se van a comentar en adelante¹⁰.

3. DIALOGISMO Y TRANSVERSALIDAD

Al principio del capítulo 4, consagrado a Fernando Ortiz quien fue –según Benítez Rojo– un postmoderno antes de la letra, el autor del libro introduce una interesante cita del historiador francés Fernand Braudel:

La interdisciplinarietà es el matrimonio legal de dos ciencias vecinas. Pero yo, yo estoy por la promiscuidad generalizada (p. 180)¹¹.

No cabe la menor duda de que se apropia Benítez Rojo este punto de vista. Se reconoce incluso en esta alegación el fundamento de su método. Según él, el dialogismo es el fruto de una época esencialmente marcada por el derrocamiento de los dogmas, de los postulados demasiado rígidos, de los discursos y de los códigos culturales estancados. Además este dialogismo induce una necesaria lectura transversal de los saberes y de los discursos disciplinarios que así dejan de estar separados. Dicho de otro modo, las diversas disciplinas que, hasta ahí, se proponían estudiar separadamente el objeto «Caribe», tales como la economía, la política, la historia, la cultura, la literatura..., dichas disciplinas deben de ser confrontadas, incluso entrecruzadas, y construir así un nuevo saber o, por lo menos, una percepción inédita, capaz de aprehender no solamente el objeto «Caribe» sino también sus márgenes, susceptible asimismo de constituir archivos *in progress*, sino exhaustivos, al menos heteróclitos y complementarios.

Se trata, según los propios términos del autor, de una empresa de liquidación de la Verdad, de lo unívoco y de la autoridad de los saberes que él justifica de la siguiente manera:

Estamos en los tiempos del *blow up*. Los términos «unidad», «coherencia», «verdad», «síntesis», «origen», «legitimidad», «contradicción dialéctica» y otros semejantes se desmantelan... (p. 216).

Por supuesto, tal desmantelamiento, lejos de ser académico y dogmático, autoriza cualquier lectura y favorece las aproximaciones más audaces,

¹⁰ Es evidente que el libro ofrece otras muchas vías de acceso.

¹¹ La cita, traducida por el propio Benítez, está sacada de François Ewald y Jean-Jacques Brochier, «Une vie pour l'histoire», *Magazine Littéraire*, 212, 1984, p. 22.

abogando por una revisión de las lecturas existentes del Caribe (sólo se recordarán aquí las dos más corrientes, la lectura unificadora vs la lectura diferenciadora), abogando también por una aprensión simultánea de todos los elementos fundadores del Caribe y, corolariamente, su total y significativa permeabilidad en un conjunto convertido en un sistema, por así decirlo, de vasos comunicantes. Así es como Benítez Rojo opone al desarrollo diacrónico de la Historia, un orden transhistórico¹², lo que lo lleva a acercar entre sí los hechos, las obras, los conceptos, los referentes más increíblemente diversos. De entre la tupida multiplicación, a veces excesiva, de las formas que se repiten, sólo se aludirá aquí a las dos más emblemáticas, que funcionan como leitmotivos obsesivos y unidades fundamentales de significación a lo largo de todo el libro: la Plantación y el Carnaval.

La Plantación, sistema con el que el autor vincula todo el devenir del Caribe («la plantación», dice, «es mi vieja y paradójica patria» –p. 396–), le permite primero abordar de manera transversal los campos de la Historia (desde la época colonial hasta la era contemporánea), de la economía, de la política, de la literatura, de la mitología y así establecer puentes entre Las Casas, Agustín Acosta y Nicolás Guillén, entre Wilson Harris y Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez y Rodríguez Juliá, Jamaica y Cuba, el azúcar y el tabaco, el palenque y la irreversible africanización de la cultura, etc. En cuanto al Carnaval, considerado desde el principio como «la gran fiesta del Caribe» (p. 45), confiere a una improbable estética caribeña su sentido, su razón de ser y su palabra clave: el ritmo. El análisis conjunto y dialógico de *Sensemaya*, de Nicolás Guillén, de *Concierto Barroco*, de Alejo Carpentier y de *Drums and Colours*, de Derek Walcott, hace posible una aprensión global del Carnaval: más allá de la imagen tópica del mundo al revés surge la de un conglomerado, de un espacio unificador e intemporal de deseos contradictorios. Ni degradación de los valores ni perennización del antiguo orden, el Carnaval, para Benítez Rojo, es el lugar por excelencia de la paradoja, del encuentro y de la fusión. No estamos muy lejos del viejo mito de integración, tal como lo ilustran perfectamente, por un lado, la historia, conocida y relatada por Benítez Rojo, de los tres *Juanes*¹³, y, por otro lado, la imagen archiconocida, propuesta por

¹² No estamos muy lejos de las teorías transhistóricas del Barroco que, en su época, desarrollaron el catalán Eugenio d'Ors o el francés Henri Focillon y que, salvando las distancias, sirvieron de modelos a sus epígonos neobarrocos.

¹³ Pertenece la leyenda a la tradición oral. Tres hombres humildes, nombrados *Juan Criollo*, *Juan Indio* y *Juan Esclavo*, hallándose en un barco a punto de hundirse, fueron in-

el propio Ortiz, del *ajiaco*. Por tanto bien se trata de dialogismo y de transversalidad.

4. POSTMODERNIDAD

En *La isla que se repite*, la postmodernidad es la perspectiva privilegiada que permite ir más allá de la visión obsoleta que la Modernidad, según parece, ha propuesto y que, siempre, ha encerrado al Caribe en un sistema maniqueísta de oposiciones binarias y altamente simbólicas: negro / blanco, esclavo / amo, colonialista / anticolonialista, violencia del poder dominador / violencia del dominado, cultura popular / cultura elitista o sabia, etc. El ensayista cubano, sin negar totalmente la pertinencia de tal aprensión, pretende sobrepasar el hiato histórico que separa las razas, las culturas, las sociedades, las economías y prefiere considerar al Caribe desde el ángulo más amplio de un sistema «interactivo», sin duda más políticamente correcto: «un mar cultural sin fronteras», como lo llama (p. 350). Por otra parte, la visión estallada que, según Benítez Rojo, es lo propio de la postmodernidad, confirma la idea de la inutilidad de encontrar el origen de «lo caribeño». Por ende quiere decir que la única lectura ya posible, a saber la lectura postmoderna, que un día habrá que revisar también, es la que toma en cuenta todos los paradigmas sin excluir a ninguno. Tales paradigmas son, diacrónicamente hablando, los que han construido el discurso sobre el Caribe: primero el paradigma premoderno, o sea las creencias y las tradiciones afroeuropeas y afrocubanas; luego, el paradigma moderno, o sea la visión binaria, antitética de la sociedad y de la cultura. En Benítez Rojo, la postmodernidad, a pesar de su aspecto trillado, dice sin embargo que no hay orden sin desorden y que, al contrario, su coexistencia, incluso su reciprocidad, es productiva, en todo caso significativa. Esta virtud ecuménica es sin duda discutible aunque el método propuesto patentiza un sincero deseo de salvaguardar los ritos y los mitos tanto como una no menos sincera voluntad de construir el discurso sobre el modelo de la imagen tópica (pero valedera) del *solar*, avatar cubano de la plaza pública medieval, lugar de todos los encuentros y de todos los mestizajes, lugar de los intercambios y de las promiscuidades, lugar del famoso *melting-pot*. En este sentido, el Caribe sería el conglomerado al que ya se ha aludido y cuyo centro y origen resultarían desconocidos. Pero

distintamente salvados por la Virgen de la Caridad del Cobre: hermosa parábola de la igualdad y de la indiscriminación racial, social y cultural.

también sería aquella totalidad que condenaría a quien intentara descifrar sus signos a buscar sin cesar las figuras del Mismo (*ajiacó, solar, carnaval, concierto barroco, etc.*). Bien parece entonces que, paradójicamente, el discurso de Benítez Rojo encierre al Caribe en una circularidad, una rotundidad de las que no puede escapar y que reproduce, de cierto modo, la imagen del encierro, de la finitud, vinculada ella también con la estructura insular, aquí, multiplicada al infinito, atomizada en tantos pedacitos de tierra como lo ostenta un meticuloso mapa del Caribe.

5. EPÍLOGO

Allende la innegable aportación al conocimiento del Caribe, la seductora modernidad de este método y de este cuestionamiento lleva en sí sus propios límites. En efecto, procurar fusionar sistemáticamente las aproximaciones científicas, es correr el riesgo de la amalgama, quizás también el de la deconstrucción epistemológica, de la diseminación del saber. Se reconocerá, desde luego, en esta manera de ver, la huella del filósofo francés Derrida y, en este conformismo postmoderno, cierta despreocupación muy propia del tiempo. Son los mismos límites que se pueden reconocer en los brillantes postulados neobarrocos de un Severo Sarduy¹⁴ cuyo último libro de ensayos se titula precisamente *Nueva inestabilidad*¹⁵, y en el que repite sin circunloquios que hoy la ciencia es un imaginario y que ha comenzado «la aventura de la fragmentación, la *era de la fractura*»¹⁶. Para quien conozca la obra teórica de esos dos cubanos del exilio, surgen numerosas se-

¹⁴ Véanse mis estudios «Le néo-baroque en question», in *Le néo-baroque cubain, Amérique. Cahiers du C.R.I.C.C.A.L.*, n.º 20, 1998, pp. 23-49 e «Invención y epifanía del neobarroco: excesos, desbordamientos, reverberaciones», in Severo Sarduy, *Obra completa*, ed. Gustavo Guerrero y François Wahl, 2 t., Madrid..., ALLCA XX / Archivos, 1999, II, pp. 1649-1678.

¹⁵ Severo Sarduy, *Nueva inestabilidad*, in *Ensayos Generales sobre el Barroco*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica (col. «Tierra Firme»), 1987, pp. 7-49.

¹⁶ *Ibidem*, p. 25 (el subrayado es del autor). Es curioso comprobar cuánto el léxico utilizado por Sarduy se asemeja al de Benítez Rojo: «... en lugar de la unificación, o de la totalización, [la filosofía y los múltiples desarrollos de la lingüística estructural] avanzaron bajo el emblema de la diseminación, la fractura y el corte insalvable. Pulverizar significados y textos, hacerlos aparecer bajo otros textos; señalar la división, negar la unidad o la prioridad del sujeto y de su monolítica emisión de la voz. Se prefiere lo fragmentario y múltiple a lo definido y neto, la ramificación rizomática a la raíz; la esquizofrenia pulverizada y discontinua, como la imagen del sujeto en un espejo roto, a la paranoia autoritaria, icónica... (*ibidem*, p. 24).

mejanzas entre sus discursos eclécticos. Sin que sea verdaderamente posible afirmar con nitidez la cronología de las influencias recíprocas que marcan sus escritos, lo que les aproxima es una lectura más sincrónica que diacrónica, más sintética que analítica. Tal y como los aficionados a las curiosidades, van coleccionando objetos parciales (en los dos sentidos de la palabra), sueltos, heteróclitos, para mejor juntarlos, de manera más poética que metódica, más metafórica que crítica. Tampoco estamos lejos del Lezama Lima de las «eras imaginarias» en esta visión de la Historia y de la Cultura.

Se habrá comprendido que tal visión, que dista de ser ideológicamente neutra, está profundamente ligada a la condición de exiliado y se inscribe, sin duda a pesar suyo, en la célebre dialéctica del centro y de la periferia. Perteneciente a la periferia, excluido del centro, el exiliado no deja de querer regresar a él para volver a encontrar el origen y, de hecho, de negar sin cesar el discurso dominante producido por el centro. En este caso, cuando Benítez Rojo propone rebasar la lectura binaria, dicotómica, del Caribe, no hace otra cosa que rechazar una visión de la Historia cuya modernidad y vigencia distan de ser caducas y que inscribe, en la primera fila de sus preocupaciones, el antagonismo secular de las relaciones socioeconómicas y de los códigos culturales que le están vinculados.

No obstante, estas escasas reservas que atañen a la validez del método de Benítez Rojo no disminuyen en nada la pertinencia y la sinceridad de la lectura paradigmática que hace del Caribe. Ha comprendido especialmente su profusa complejidad. La construcción que edifica es sumamente intelectual –se subrayará al respecto la notable riqueza intertextual de *La isla que se repite*–; pero, al mismo tiempo, se hará hincapié en la sensualidad, la pasión y la subjetividad que acompañan su *démarche*. En cuanto a la transgresión permanente de los límites disciplinarios, aquella que incita al autor cubano a pasar *ex abrupto* del sistema coercitivo de la plantación a la poesía de Nicolás Guillén, de los ritos afrocubanos a la narrativa de Carpentier, de la transculturación al *Big Bang*, del carnaval a la obra de Fernando Ortiz, pues aquella transgresión revela también una serie discontinua de recurrencias y autoriza una tentativa de lectura plenaria del Caribe, en sus múltiples estratos y ramificaciones. Es como si Benítez Rojo hubiera creado un sistema de lectura del Caribe a imagen y semejanza del que inventara Roland Barthes, para Japón, en *L'empire des signes*¹⁷. Aquí, se hablará más bien –haciendo un fácil juego de vocablos– de un imperio de

¹⁷ Roland Barthes, *L'empire des signes*, Ginebra-París, Skira (Les Sentiers de la Création) / Flammarion (Champs), 1970.

signos que, solicitados desde su propia atomización, contribuyen a construir el sentido de una totalidad.

En definitiva, esta dispersa aproximación, paradójica porque la diseminación apenas oculta una búsqueda de la unidad (por más ilusoria y derrotada que fuese), pretende reproducir, sin duda inconscientemente, la propia dispersión del archipiélago¹⁸, convertido, por la fuerza de las palabras y de las cosas, en un juego de paciencia y de memoria, un rompecabezas que el autor se propone reconstituir desde la lejanía y la añoranza, preso consintiente de un *viaje a la semilla* que da fe, por si fuera menester, de que querer remontarse al origen siempre se inscribe en una empresa identitaria de legitimación y en una suerte de búsqueda utópica:

En última instancia la medida de la «caribeñidad» es la búsqueda de lo caribeño, independientemente del puerto o puerta desde donde se emprenda esta búsqueda. En realidad, el Ser caribeño tiene que iniciar el viaje utópico hacia su reconstitución desde un espacio cultural que queda necesariamente «afuera», ya se refiera éste a Europa, África, Asia o América en tanto foco dominante en su sincretismo (p. 278).

¹⁸ «Dispersión» no es aquí palabra vana ya que Benítez Rojo no impone límites geográficos a «su» Caribe que remite a Cuba, a Jamaica, a Venezuela tanto como a Brasil.